

Vueltas y revueltas

La llegada de la primavera me produce desconfianza. Prefiero el invierno. El frío es más noble, se le ve venir, y a mí el frío me anima a quedarme en casa y hacer mis cosas, que falta me hace. También me pica para irme a la cama temprano y ahí liarla dándole vueltas a lo del día, haciendo sangre de todos los fallos, de cada falta. Y cuando se me acaba lo de ese día, repaso otro cualquiera, el de ayer por ejemplo, y a veces hasta el de mañana. No me faltan recursos para sufrir, y así voy tirando. Hay algunas noches que, si estoy inspirada, escribo grandes relatos con los ojos cerrados. Luego, por la mañana, me siento frente al papel, y nada. Al final termino en la cocina haciendo un sofrito, que por eso también me gusta el invierno, por los sofritos. El sofrito da mucha paz.

La primavera es, además, responsable de una falsa alegría y de un cierto desorden, tal vez debido al revuelo de los pájaros que andan desorientados de rama en rama, o al continuo abrir y cerrar de paraguas, porque lo del buen tiempo es un mito. En eso, la meteorología es como la vida misma, que nunca llueve a gusto de todos. Pero lo que más altera el orden en esa estación es la manía que tiene la gente de organizar encuentros al aire libre. Cuando llega la primavera, cualquier conocido con casa en las afueras extiende en el porche un mantel con moscas y convoca a los amigos a pasar el día y a competir en ligullas de empanadas y tortillas. Y ahí andamos todos, mirando nuestras viandas por el rabillo del ojo, confiando en obtener aclamación popular. Yo suelo hacer tortilla porque, la verdad, me sale de miedo; no así la de Loli que, no es por criticar, pero no hay quien se la coma. Se lo digo todos los años, Loli, tú trae pistachos, pero le da igual.

Yo no tengo buen concepto de los porches. Por bien ventilados que estén, siempre se escapa entre las sombrillas un tufillo a pueblo, como a mujer de luto. En los pueblos se mueren mucho, no sé si de aburrimiento o de qué. Me deprime.

- Oye mamá, ¿tú tienes miedo a la muerte?
- ¿A la de quién?
- No, a la de nadie en particular.
- Pues no, a esa en concreto no. ¿Qué tal te ha salido la tortilla?
- Muy rica.
- Estupendo, pues llámame cuando llegues.

Y volviendo a los porches, para no desviarme del tema. Yo disfruto con los amigos, aunque sea en un porche. Lo que me produce cierto pánico es llegar hasta el porche. Las carreteras están plagadas de rotondas, y las rotondas y yo no nos llevamos nada bien.

Entrar en una rotonda es entrar en un bucle de confusión. Una vez dentro la maldición del tiovivo se apodera de mí, y termino saliendo de ellas de cualquier manera y al final ni llego al porche ni me importa. Las primeras las afronto con entereza, decidida a no dejarme amilanar por las espirales del camino, pero cuando ya voy por las dos docenas, echo de menos las extensas llanuras de América. Por eso no me gusta la primavera, porque no tiene extensas llanuras de América. A saber qué hubiera sido de mí de haber nacido americana.

Por fin me armo de valor y me pongo en marcha. Dejo la bolsa con el tupper en el asiento de atrás. Salgo del garaje, del barrio y de la ciudad. Todavía optimista, me uno a los mariachis de la emisora que llevo a todo volumen. La primera rotonda me pilla gritando despechada *Y tú que te creías el rey de todo el mundo*. En cuanto caigo en la cuenta pego un frenazo. Tarde. Noto como una garra me estruja el corazón. Ahí dentro, en ese círculo maldito, pierdo la orientación, el rumbo y hasta el curso de los acontecimientos.

Respiro hondo siguiendo el consejo de mi madre. Tómalas con calma, me dijo. No entres en pánico, me dijo. Mira bien de dónde vienes y hacia dónde vas. ¿Pero mamá, tú crees que si yo supiera de dónde vengo y hacia dónde voy tendría que ir al psicoanalista?

- ¿Pero por qué ese miedo, hija?
- Te lo he dicho mil veces, mamá. Me desoriento.
- ¿Y no puedes pasar de largo, y ya?
- Anda que tú también.
- Te complicas mucho la vida. ¿Le has puesto cebolla a la tortilla?

Ni le contesto. Para qué.

No sé el tiempo que llevo girando en la rotonda. Si al menos hubiera alguna indicación amable, un nombre propio a donde dirigirme. No sé, *Fuentidueña* por ejemplo, o el mismo *Torremocha del Jarama*. Pero no, todas son indicaciones en clave, como para espías con retranca, N405, MI6 y cosas así. El porche, ni mencionarlo.

Entre una vuelta y otra pienso si no debería haberme casado otra vez. A los maridos se les dan bien las rotondas. Con marido tendría las primaveras solucionadas. Otra cosa es el invierno y la pereza que me daría volver a ver la tapa del water levantada.

- Madre, ¿tú crees que debería haberme casado?
- ¿Te refieres a volverte a casar?
- Sí, a eso.
- Pues no.
- Pues con un marido no tendría estos problemas.
- ¿Cuáles?
- Los de las rotondas.
- ¿De cuántos huevos has hecho la tortilla?
- No me escuchas madre. De cuatro.
- Si te escucho, de cuatro....

A estas alturas, he perdido toda esperanza de triunfar con la tortilla, así que decido comérmela. Dejo el coche bien pegadito al centro de la rotonda y me siento debajo de una escultura entre abstracta y cicatera que, por no dar, no da ni sombra, y a mí el sol no me gusta, que me salen manchas. Primero fueron pecas, qué monas, decían; luego lunares, qué interesantes, decían; ahora son como mapamundis y ya no dicen nada, por lo menos no a la cara.

La tortilla se ha desestructurado de tanto dar vueltas y los churretes me resbalan por el escote hasta los tobillos. Es como si sudara huevina. Me da un poco de asquito, así que abro el maletero y saco un trapo que tengo para cuando paro en las rotondas a comer tortilla. Mientras me limpio me pregunto cuántas vueltas me deben faltar hasta que llegue el invierno. Resignada, me siento en el coche oliendo a revuelto de diesel.

En la penumbra del atardecer veo a lo lejos, colgado del cielo, un nudo de carreteras. Los nudos son buena gente, pienso, y me abro camino hacia esa maraña de vías enredadas que se eleva como un tirabuzón. Acelero, impaciente por llegar hasta arriba del todo. Será como subir a lo alto del mástil. Seguro que desde allí podré gritar ¡Porche a la vista!

Llego hasta el punto más alto, echo una mirada y lo veo. Ahí está, abajo, casi a mis pies. Pienso que si me lo tomo en serio, y no me da por desviarme, igual llego. Eso sí, tengo que ir derecha hacia él, sin perderlo de vista, sin rodeos. Respiro hondo, meto el ombligo hasta empotrarlo contra el respaldo del asiento y acelero a tope. Intuyo que algo va a salir mal.